

JOSÉ MIGUEL LÓPEZ GARCÍA

LA ESCLAVITUD  
A FINALES DEL  
ANTIGUO RÉGIMEN

MADRID, 1701-1837

*DE MOROS DE PRESA  
A NEGROS DE NACIÓN*

ALIANZA EDITORIAL

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© José Miguel López García, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-858-8

Depósito Legal: M. 84-2020

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
1. MIL AÑOS DE ESCLAVITUD.....	19
Los trabajadores esclavizados desde una perspectiva histórica .....	20
La esclavitud en una ciudad de la <i>Marca Media</i> en la época medieval.....	24
El apogeo de la mano de obra cautiva en la Villa y Corte durante los siglos XVI y XVII .....	30
2. LAS PERSONAS ESCLAVIZADAS EN EL MADRID BORBÓNICO .	45
Tan numerosos como invisibles: Madrid y sus esclavos.....	46
Las apariencias no engañan: sexo, edad, naturaleza y marcas corporales.....	58
¿Quiénes podían tener esclavos en Madrid? Perfil social de los amos .....	67
Las actividades laborales de las <i>herramientas parlantes</i> .....	76
3. EL MERCADO DE ESCLAVOS EN EL MADRID ABSOLUTISTA ....	85
Las mercancías humanas: origen y características .....	88
El mercado matritense: localización, clientes y precios .....	95
Las cesiones .....	105
El declive de la esclavitud a finales de la época moderna.....	112

4. REBELDES CON CAUSA	
LAS RESISTENCIAS DE LOS ESCLAVIZADOS.....	115
Rebeldía y delincuencia: los esclavos <i>incorregibles</i> .....	116
Vidas ejemplares .....	121
La forja de un rebelde. Historia de Narciso Convento, <i>ca.</i> 1782-1802 .....	132
A modo de conclusión .....	149
5. EN POS DE LA LIBERTAD	
HORROS, COARTADOS Y CIMARRONES.....	153
La comunidad de libertos .....	154
Las cartas de ahorría por concesión graciosa.....	159
Comprando la libertad .....	163
Los cimarrones madrileños .....	165
Morir en Madrid .....	171
EPÍLOGO .....	185
FUENTES DOCUMENTALES .....	195
BIBLIOGRAFÍA .....	199
LISTA DE ILUSTRACIONES.....	213
ÍNDICE DE CUADROS Y GRÁFICOS .....	215
IMÁGENES DE LA ESCLAVITUD EN EL ANTIGUO RÉGIMEN.....	217

## INTRODUCCIÓN

El 19 de octubre de 1765 se publicitaba en el *Diario de Avisos* de Madrid la venta de un *negro* de 20 años junto a un coche nuevo y un par de mulas. Para el anunciante no parecían existir grandes diferencias entre el vehículo (un objeto inanimado), las acémilas (unas herramientas semiparlantes) y el esclavizado (un *bozal* o herramienta dotada de voz): si acaso, que cada una de estas mercancías tenía un precio distinto. Como en su día señalara Orlando Patterson, este testimonio histórico alude a un ser humano condenado a *muerte social*, que carece de todos los derechos elementales, incluida la propiedad sobre sí mismo; se trata de un marginado, algo que también refleja la marca que en ocasiones lleva herrada en la cara: una S y una I (que, según Sebastián de Covarrubias, significan *Sine Iure*)<sup>1</sup>.

La obra que el lector tiene en sus manos versa sobre un tema que sigue teniendo plena vigencia, pues según Naciones Unidas hoy en día aún existen más de cuarenta y cinco millones de seres humanos que sufren en sus

<sup>1</sup> Orlando PATTERSON (1982 y 1993). Las implicaciones sociales de esta llamativa marca facial en Alessandro STELLA (1996).

carnes la lacra de la esclavitud, por no hablar de su siamés indeseable, que desde muy pronto la acompañó: el racismo. Como pronto percibiremos, no se trata de un problema que afectó a otros continentes o de algo exótico, ajeno a nuestra cultura. De hecho, en la Conferencia Mundial contra el Racismo, celebrada en Durban (República de Sudáfrica) en 2001 se condenaron la esclavitud y la trata de esclavos como crímenes de lesa humanidad; los países firmantes, entre ellos España, se comprometieron a reparar este agravio, resaltando los daños ocasionados por la esclavización y el comercio de seres humanos en sus libros de Historia; y a eliminar de los callejeros de sus principales ciudades los nombres de quienes se enriquecieron con ella o se opusieron a su abolición.

No obstante, aunque el reino de España tuvo el dudoso honor de ser la cuarta potencia que más se benefició con la trata y explotación de esclavos en la época moderna, en cuyo decurso cerca de dos millones de seres humanos fueron vendidos en los puertos hispanoamericanos y peninsulares, nuestros libros de texto continúan sin reflejar la relevancia de este ominoso hecho en nuestro pasado, mientras que algunas vías públicas de las urbes más señeras, caso de Madrid o Barcelona, siguen llevando el nombre de sujetos que amasaron fortunas con la venta y el empleo de personas esclavizadas. ¿A qué se debe semejante desmemoria histórica? Si dejamos a un lado a quienes dan la callada por respuesta, ya no es posible argumentar que estamos ante un fenómeno que únicamente afectó a las colonias europeas de ultramar, puesto que si bien es cierto que durante el periodo comprendido entre los siglos XVI al XIX la mano de obra cautiva tuvo especial relevancia en las haciendas, minas y obras públicas de los territorios del Nuevo Mundo, numerosas monografías se han encargado de demostrar la importancia que en dicho arco temporal tuvo también la esclavitud en Gran Bretaña, Francia y España, así como en las urbes más relevantes de nuestro país, caso de Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada o Cádiz, por aludir tan sólo a algunos ejemplos peninsulares significativos<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> Los ejemplos de Europa occidental, en Peter FRYER (1984), Érick NOËL (2006 y 2007) y José Antonio PIQUERAS (2012). Para el Imperio español contamos asimismo con obras de carácter global, como las realizadas por Herbert S. KLEIN (1986), Williams D. PHILLIPS JR. (1990), José ANDRÉS-GALLEGO (2005) y Catherine COQUERY-VIDROVITCH y Éric MESNARD (2015).

El asunto que nos ocupa tampoco ha sido estudiado de forma sistemática en el caso de Madrid, pese a que la capital de la *Monarquía Católica* era el centro neurálgico de uno de los imperios más relevantes del mundo atlántico. Tratando de cubrir esta laguna, en el presente trabajo analizaremos la esclavitud en la Villa y Corte entre 1701 y 1837, cuando la nueva dinastía borbónica fomentó decididamente el desarrollo de esta institución brutal y lucrativa, lo cual hizo que la presencia de mano de obra cautiva fuera algo habitual en sus calles, plazas y palacios.

El periodo objeto de estudio arranca, por tanto, con la llegada de Felipe V, quien pronto se convirtió en el principal beneficiario del comercio de esclavos dentro de su imperio, y finaliza en el año en que las Cortes declararon ilegal la esclavitud en la península ibérica, Baleares y Canarias, aunque dicha institución continuara vigente en Cuba hasta 1886. Durante este largo periodo de tiempo se produjo asimismo otro cambio en los esclavizados capitalinos, que también se refleja en el subtítulo de este libro: poco a poco, el predominio de esclavos musulmanes provenientes del Magreb y del Imperio otomano, que eran capturados en la guerra sin cuartel declarada en el Mediterráneo contra el Islam, los llamados *moros de presa*, fue dando paso a otro en el cual sus efectivos procedían de las factorías del África occidental y de la América hispana, esto es, de los territorios atlánticos, a quienes las elites denominaban *negros de nación*<sup>3</sup>.

Para explicar el problema que nos ocupa, hemos dividido la obra en cinco capítulos. El primero está destinado a mostrar que en Madrid la esclavitud duró cerca de mil años; en él se analizan cuestiones de carácter general, caso del papel que tuvo la mano de obra cautiva en las formaciones sociales preindustriales, desde aquellas en las que las elites tenían esclavos a las sociedades esencialmente esclavistas, para descender a renglón

<sup>3</sup> Para los intelectuales de la España moderna, el concepto de *nación* servía para definir a un conjunto de personas que tenía un mismo origen étnico. Aunque según la antropología social por entonces en boga, todos los linajes del género humano descendían de Adán y Eva, los *guineanos* o africanos ocupaban el escalafón inferior en la jerarquía de las naciones que gobernaba su *católica majestad*, un planteamiento que se acrecentó conforme se fue estableciendo un nexo cada vez más fuerte entre los *negros* y la esclavitud, razón por la cual jamás fueron considerados como miembros de la *República de los españoles*. Este prejuicio racista se mantuvo hasta el siglo XIX; de hecho, las Cortes de Cádiz ni tan siquiera concedieron a los libertos de color la condición de ciudadanos españoles. Antonio FEROS (2019), pp. 17-76, 206-229 y 284.

seguido a lo acontecido en una zona concreta de Europa occidental, la Marca Media hispana en la época medieval, cuando primero los musulmanes, fundadores de *Mayrit*, y posteriormente las oligarquías cristianas que dominaron el señorío urbano tras su conquista en el siglo XI, recurrieron al empleo de esta fuerza de trabajo embridada. Y culminar con el estudio de la primera etapa de esplendor de la esclavitud en nuestra ciudad durante la época barroca, cuando el número de personas esclavizadas se acrecentó hasta el punto de que las familias de los representantes de las elites urbanas hicieron ostentación de su poder integrando en sus nutridas servidumbres a numerosos esclavos.

El siguiente capítulo se centra ya en la historia de la esclavitud en el Madrid borbónico. Para ello se analizan los resultados que arroja una base de datos constituida por cerca de un millar de documentos procedentes de numerosos archivos, que reflejan algún aspecto concreto de la trayectoria vital de estos infelices. Tras hacerse una estimación de su número, pues en el Setecientos jamás que sepamos se realizó un censo de los esclavos que vivían en la capital, procedemos a estudiar sus características más importantes, como el sexo, la edad, el fenotipo y las marcas corporales, amén de la evolución de su procedencia geográfica. No menos relevante resulta el estudio sociológico de sus amos, que nos permitirá descubrir que en el Madrid de la Ilustración, desde los miembros de la familia real hasta los integrantes de las diferentes fracciones de la clase dominante, esto es, la aristocracia, la baja nobleza, la clerecía, la burocracia real o la alta oficialidad del ejército, todos tenían esclavos. La clave de su abultada presencia se encuentra en las actividades laborales que desempeñaban, donde junto al servicio doméstico vamos a encontrar artesanos, músicos, tenderos y hasta un arquitecto de las obras reales.

En tales circunstancias, Madrid albergaba un importante mercado de esclavos, asunto al que se dedica el capítulo 3. En él volvemos a repasar el origen y características de estas mercancías humanas, los sitios donde se practicaba abiertamente la compraventa de esclavos, desde las residencias particulares hasta ciertos espacios públicos, pasando por el mismísimo *Palacio Nuevo*. No menos relevante resulta ser la taxonomía social de sus clientes y los precios que pagaron, lo que volverá a permitirnos valorar qué esclavos eran los más apreciados y los cambios experimentados en su procedencia geográfica, cuestión que servirá para reforzar el peso que tuvieron

los *negros de nación* en las postrimerías del Antiguo Régimen: de ahí que tanto los esclavos favoritos de Carlos III como la famosa María de la Luz, perteneciente a la duquesa de Alba, tuvieran todos la piel negra. Este capítulo concluye con el análisis de otra de las vías de acceso a la posesión de esclavizados en la metrópoli precapitalista, como eran los regalos de seres humanos realizados por representantes de las oligarquías que medraban a la sombra del Estado absolutista, mediante los cuales reforzaban sus vínculos interpersonales y exhibían la jerarquización social imperante dentro de la ciudad cortesana.

Ahora bien: al igual que aconteció en el resto de los imperios del mundo atlántico durante la etapa que nos ocupa, la esclavitud de los seres humanos, basada en la coacción y el uso frecuente de castigos corporales, generó un sinfín de resistencias por parte de sus víctimas, que constituyen el núcleo del capítulo 4. En el mismo descubriremos a numerosos esclavizados que se enfrentan a sus amos, les faltan al respeto, les roban y sobre todo huyen, convirtiéndose en cimarrones; se trata de *delincuentes* a quienes los magistrados de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, principal institución real encargada del mantenimiento del orden público y la administración de justicia en la capital, denominan *esclavos incorregibles*. Merced al contenido de las causas criminales, es posible reconstruir las peripecias de estos infelices y —en particular— la biografía de Narciso Convento, natural de la Luisiana y adscrito a la familia de Miguel de Gálvez, cuyo proceso acabó convirtiéndose en una *causa célebre* que se conserva en la sección de Consejos Suprimidos del Archivo Histórico Nacional.

Y es que —como no podía ser de otra manera— los esclavizados madrileños ansiaban la libertad. Al análisis de las vías mediante las cuales estos podían obtenerla se dedica el último capítulo de este libro. En el mismo se describen las manumisiones por concesión graciosa del amo, desvelándose las razones que se escondían tras estas medidas aparentemente altruistas; aquellas otras en las cuales el futuro liberto o algún familiar pagó un precio por su rescate, denominadas *coartaciones*, así como la precaria libertad que obtuvieron quienes protagonizaron huidas desesperadas, que en ocasiones llevaron a estos cimarrones lejos de Madrid, donde reinventaron sus vidas, mientras otras muchas acabaron frustradas por la intervención de la justicia y el ejército. El capítulo se cierra con un estudio de los registros de defunción de los esclavizados y libertos de una parro-

quia matritense desde comienzos del siglo XVIII a los inicios de la centuria siguiente, para volver a comprobar cómo ni tan siquiera la muerte sirvió para su liberación, pues la mayoría fueron enterrados como pobres, conforme a su condición de marginados, que incluso les perseguiría en el más allá.

Desde un punto de vista metodológico, y con objeto de organizar e interpretar satisfactoriamente la evidencia que suministran las fuentes documentales, era imprescindible utilizar un enfoque multidisciplinar. En primer lugar, recurrimos a las herramientas conceptuales de la *historia económica y social* para dar cuenta de esta peculiar forma de trabajo embriado y del peso que tenía en el mercado laboral, así como de los métodos utilizados para el mantenimiento de la esclavitud y, en particular, los mecanismos de exclusión e integración social a los que estaban sometidas sus víctimas o las modalidades de resistencia que éstas utilizaron, todo ello teniendo como marco de referencia la ciudad de Madrid en las postrimerías de la época moderna<sup>4</sup>.

A la vez, la perspectiva *microhistórica* resultó de gran utilidad para profundizar en el objeto de estudio, a través del examen de la trayectoria vital de alguno de sus protagonistas; en este ámbito, si bien hubiera sido deseable disponer de narraciones autobiográficas, su ausencia nos llevó a utilizar fuentes *no intencionadas*, mediante las cuales pudimos volver a escuchar la voz de estas gentes sin historia y reconstruir cómo fue su existencia<sup>5</sup>.

Finalmente, los avatares biográficos de las personas esclavizadas que acabaron dando con sus huesos en la capital española tras atravesar el Me-

<sup>4</sup> Chris HARMAN (2013), pp. 236-246, Yann MOULIER-BOUTANG (2006), HUGH THOMAS (1998), Kenneth MORGAN (2017), Eric WILLIAMS (2011), Peter LINEBAUGH y Marcus REDIKER (2005) y Marcus REDIKER (2007). Las modalidades de resistencia, en James C. SCOTT (2003), Javier LAVIÑA y José Luis RUIZ-PEINADO (2006). El caso español, en Alberto MARCOS MARTÍN (2000), pp. 257-318, y el madrileño, en José Miguel LÓPEZ GARCÍA, dir. (1998) y José Antolín NIETO SÁNCHEZ (2006).

<sup>5</sup> Los fundamentos del análisis microhistórico y su aplicación en dos casos concretos pueden encontrarse en Carlo GINZBURG (1986) y Giovanni LEVI (1990). Una reflexión reciente sobre la utilidad de este método, en Tomás A. MANTECÓN MOVELLÁN (2015). La relevancia de las autobiografías populares, en James S. AMELANG (2003); el caso de las escritas por esclavizados, en ÍDEM (2014). Por último, un magnífico exponente de la utilidad de las fuentes inintencionadas para reconstruir las vidas de estos trabajadores cautivos, en Alessandro STELLA (2000).

diterráneo o el Atlántico nos pusieron en contacto con la más reciente *historia global*, interesada en el estudio de los vínculos existentes entre las distintas masas continentales, cuya primera fase tuvo justamente lugar como consecuencia del *intercambio colombino*. No en vano, los esclavos que vivieron en el Madrid de finales del Antiguo Régimen participaron en la mayor migración forzada de la Historia, e incluso muchos, tras salir del África occidental, fueron trasladados a América y desde allí a la península ibérica, trayendo con ellos tanto su acervo cultural como sus diferentes modalidades de resistencia, de ahí que el enfoque de esta subdisciplina nos haya sido de utilidad para reconstruir y explicar la trayectoria vital de las gentes a las que está dedicado este estudio<sup>6</sup>.

A lo largo de la presente investigación he contraído una deuda impagable con varias personas e instituciones, comenzando por el personal que a diario trabaja en los archivos y bibliotecas. A diferencia de quienes elaboran obras literarias, que experimentan la soledad del corredor de fondo mientras escriben en su torre de marfil, la actividad del historiador depende en buena medida del servicio que, de forma profesional y desinteresada, prestan los auxiliares y facultativos de los depósitos bibliográficos y documentales que debe consultar. Por este motivo, es de justicia expresar mi reconocimiento a los empleados del Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Palacio, el Archivo de Villa de Madrid, el Histórico Diocesano de la misma ciudad y la Biblioteca Nacional, que me han atendido diligentemente durante el desarrollo de esta indagación. En particular, me gustaría destacar la contribución de los trabajadores que prestan sus servicios en el Archivo Histórico de Protocolos Notariales, que en la actualidad está ubicado en el Archivo Regional de la Comunidad Autónoma de Madrid, cuyo horario ininterrumpido de mañana y tarde, así

<sup>6</sup> Véase Robert B. MARKS (2007), Peter N. STEARNS (2012), Sebastián CONRAD (2017) y Serge GRUZINSKI (2018). La unificación biológica del planeta acaecida tras la llegada de los europeos a América, en Alfred W. CROSBY (2003). Recientemente, Christian G. DE VITO (2015) ha propuesto enlazar la metodología de la historia global y la microhistoria a través del estudio de los vínculos que se establecen entre distintas regiones del planeta, perfectamente reflejados en las biografías de los esclavos y los trabajadores forzados que se desplazaron a ambas orillas del Atlántico en los siglos XVIII y XIX, lo que el autor denomina *Historia microespacial*, planteamiento que también hemos recogido en el presente trabajo.

como la atención y profesionalidad de sus auxiliares y facultativos compensan sobradamente la deficiente catalogación de las trescientas escribanías que tuvo la Villa y Corte en el Setecientos: ¡ojalá los grandes archivos nacionales prestasen un servicio de semejante calidad! Debo también mencionar al Archivo Naval de Cartagena, cuyo encargado de su Sección Histórica tuvo la amabilidad de remitirme por correo electrónico la reproducción de un documento de suma importancia, evitándome tener que ir personalmente a consultarlo. Por último, no puedo olvidar a la directora e integrantes del Servicio de Préstamo Interbibliotecario de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad Autónoma de Madrid: para alguien nacido en el siglo pasado y habituado a acudir en persona a las hemerotecas y bibliotecas para realizar su tarea, el recibir en su ordenador ficheros con artículos de revistas de difícil localización, o poder leer una tesis que se custodia en la Universidad de Tubinga en su propio centro de trabajo, constituyen facilidades impagables.

Como algún lector habrá pensado, esta obra trata sobre gentes sin historia, marginadas, que apenas han dejado testimonios directos de su existencia y cuyas huellas sobre retazos de su vida se encuentran en fuentes *inintencionadas*, como los registros parroquiales, la documentación notarial o los archivos criminales, judiciales y penitenciarios, que de ordinario no se han clasificado y suelen estar enterradas en voluminosos libros y legajos. Este hecho nos ha obligado a dedicar un tiempo considerable en la exhumación de dichos vestigios, forzándonos a realizar numerosas calas en distintas secciones de los archivos arriba mencionados. Por fortuna, en esta indagación he contado con la ayuda de numerosos amigos, que sabedores del empeño en que me había embarcado, fueron tan amables de entregarme cualquier referencia con la que se toparon en el decurso de su propio quehacer investigador; así lo hicieron varios compañeros que pertenecieron o aún forman parte del Equipo Madrid, como de Jesús Agua de la Roza, Ángel Alloza Aparicio, Alberto Castroviejo Salas, Jesús Espinosa Romero, Juan González Pañero, Mauro Hernández Benítez, Santos Madrazo Madrazo, Joan Antoni Mogort i Roig, Álvaro París Martín, Luís Miguel Pozo Rincón, José Luís de los Reyes Leoz y Fernando Vivo Macho, a quienes quisiera agradecer la información suministrada. Y entre todos estos *rancheadores* de documentos debo destacar a dos entrañables amigos que me brindaron unas doscientas referencias sobre niños, hombres y

mujeres que vivieron y murieron siendo esclavos en el Madrid de los siglos XVIII y XIX: José Luís Herranz Elvira y José Antolín Nieto Sánchez.

Diversos apartados y cuestiones de la presente investigación han sido discutidos con diversos colegas en seminarios y simposios internacionales, pero también en espacios más informales de sociabilidad, en este caso académica, como son los bares y cafés. Todos ellos han enriquecido mis puntos de vista, al tiempo que me han suministrado valiosas referencias bibliográficas; entre estos acreedores de mi perpetua gratitud, quisiera destacar a James S. Amelang, Rafael Benítez Sánchez-Blanco, Christian De Vito, Carmen Fracchia, Aurelia Martín Casares, Rocío Periañez Gómez, José Antonio Piqueras, Manuel Martínez Martínez, María José del Río Barredo, Bruno Pomara Saverino, Rebecca J. Scott, Jacques Soubeyroux, Bernard Vincent y Jean-Arsène Yao. No menos relevante ha sido la aportación inmaterial de mi buen amigo y compañero de despacho Fernando Andrés Robres, quien me ha ayudado en el tratamiento estadístico de los datos, ha revisado el manuscrito y ha soportado estoicamente mis tormentosas relaciones con los medios informáticos, algo comprensible si tenemos en cuenta que pertenezco a una especie para la cual la herramienta tecnológica más sofisticada fue durante dos millones de años el hacha bifaz achelense. Igualmente impagables han sido la meticulosa revisión científica y estilística del manuscrito realizada por Santos Madrazo, la asesoría técnica de mi viejo camarada Julián Gómez Beleña a la hora de arrosstrar diferentes problemas estadísticos y la primorosa elaboración de los dos planos que contiene este libro, obra de Rafael Gili Ruiz y Fernando Medina Velasco, veteranos integrantes del Equipo Madrid de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Madrid, que también me han ayudado a localizar algunas ilustraciones. Por último, quisiera hacer constar que la presente obra ha contado con el soporte del Plan Nacional de I+D+i del MEC en dos proyectos consecutivos (HAR2014-53298-C2-2-P y PGC2018-094150-B-C22).

Madrid, junio de 2019



## CAPÍTULO 1

# MIL AÑOS DE ESCLAVITUD

Puede decirse que todas las naciones bárbaras o civilizadas, grandes o pequeñas, poderosas o débiles, pacíficas o guerreras, bajo las más diversas formas de gobierno, profesando las religiones más contrarias, y sin distinción de climas y edades, han conocido la esclavitud<sup>1</sup>.

Con esta rotunda afirmación, el que había sido diputado a Cortes por la Provincia Oriental de Cuba, José Antonio Saco, comenzaba su magna obra dedicada a la *Historia de la esclavitud desde los tiempos remotos hasta nuestros días* (1875-1876), un ensayo destinado a probar que dicha institución constituía una lacra que afectaba a su tierra natal, donde había acarreado la ruina económica y moral. De hecho, cuando el bayamés llegó a Madrid en 1835 para proponer entre otras cosas la prohibición del tráfico de seres humanos, la esclavitud llevaba vigente en la capital de España cerca de un milenio, motivo por el cual la mano de obra cautiva seguía teniendo un peso relevante en sus residencias y espacios públicos; no obstante, antes de analizar la esclavitud en esa metrópoli a finales del Antiguo Régimen, es necesario que hagamos algunas reflexiones acerca de sus orígenes históricos, la forma en la que se desarrolló en la península ibérica y cuál fue su peso en la capital de la Monarquía Católica en las primeras centurias de la época moderna.

<sup>1</sup> José Antonio SACO (2009), p. 37.

*Los trabajadores esclavizados desde una perspectiva histórica*

El régimen esclavista perduró cerca de tres mil quinientos años en vastas regiones del planeta y sus vestigios subsistieron aún después de su desaparición. Aunque sus raíces históricas son tan profundas como para que los antiabolucionistas siempre sostuvieran que la esclavitud era tan vieja como el hombre, dicha institución empezó a cobrar relevancia con el desarrollo del antiguo régimen biológico. Hace unos trece mil años se produjo un cambio económico revolucionario: en el Creciente Fértil y el Extremo Oriente, nuestros antepasados empezaron a domesticar plantas y animales, lo que pronto les permitió aprovechar hasta el 90 % de la energía solar acumulada en la biomasa de una hectárea. Esto propició un crecimiento demográfico exponencial en las civilizaciones agrarias, las cuales se situaron en los puestos de cabeza en la incipiente carrera del desarrollo económico; el cambio condujo asimismo a la sedentarización de los seres humanos en aldeas y ciudades, al nacimiento de sociedades complejas y al surgimiento de la organización estatal. Estamos hablando de lo que con toda justicia se ha denominado Revolución Agraria<sup>2</sup>.

En las civilizaciones agrarias, el aprovechamiento de los factores productivos desempeñó, desde fechas tempranas, un papel de capital importancia. Y mientras que la oferta de superficies cultivables parecía abundar, como lo demuestra el hecho de que todavía hoy la mayoría de la población mundial está asentada en once millones de kilómetros cuadrados (apenas el 7 % de la superficie planetaria, que coincide con las tierras más feraces), la fuerza de trabajo siempre fue escasa: de hecho, nuestros antepasados no superaban los cien millones de habitantes en el año 1000 antes de la era común.

Además de las necesidades estrictamente productivas, cultivar la tierra y cuidar el ganado, en estas sociedades sus clases dominantes, integradas por elites militares, burocráticas y religiosas, tienen a gala no mancharse las manos con el trabajo, que deshonra y deshumaniza a quienes lo practican. Así las cosas, para desempeñar sus funciones y mantener su nivel de vida, estas gentes necesitan apropiarse de una parte del excedente agrario

<sup>2</sup> Jared DIAMOND (2006), pp. 97-222; Robert B. MARKS (2007), pp. 39-56; y Yuval Noah HARARI (2014), pp. 95-116.

que producen los campesinos, motivo por el cual otro de los padres de la historia global, William H. McNeill, los ha definido como *macroparásitos* del antiguo régimen biológico. Con esta estructura económica sólo cabían dos soluciones: extraer el excedente de comunidades campesinas libres a través de su sujeción política, lo que condujo al desarrollo de lo que Marx denominó *modo de producción tributario* (imperante en el Antiguo Oriente, desde Egipto hasta China, pasando por Mesopotamia o la India), o bien controlar la mano de obra utilizada en las explotaciones agrarias, la producción manufacturera o el ámbito doméstico, privándole de todos sus derechos y convirtiéndola en una mercancía más, provocando con ello la aparición de lo que el fundador del materialismo histórico calificó como *modo de producción esclavista*<sup>3</sup>.

Los primeros testimonios de la presencia de mano de obra cautiva datan del tránsito del cuarto al tercer milenio antes de la era común, cuando en ciertas áreas del Antiguo Oriente, como en el Sur de Mesopotamia y Egipto, es mencionada en algunas fuentes. A finales del tercer milenio ya encontramos esclavos en el valle del Indo, para extenderse durante el siguiente por los Imperios asirio e hitita hasta la India y China. Ahora bien: en todas esas civilizaciones había —se utilizaban— criados cautivos, pero en ellas el modo de producción esclavista no desempeñaba un papel determinante: eran sociedades con esclavos, pero no sociedades esclavistas, pues en ellas las personas que sufrían la privación de sus derechos más elementales habían sido secuestradas en campañas militares, o la padecían tras no haber podido pagar alguna deuda, de manera que la esclavitud tenía un carácter minoritario y solía ceñirse al ámbito doméstico<sup>4</sup>.

En el subcontinente europeo su aparición es más tardía, entre los siglos VIII al VI en Grecia, y en los siglos V al IV antes de la era común en Roma. En este periodo, los estados esclavistas más pujantes se situaron justamente en esa zona del Mediterráneo, en lo que técnicamente conocemos

<sup>3</sup> La acción de los macroparásitos, junto a la de los microparásitos, esto es, las enfermedades ocasionadas por los gérmenes y las bacterias, determinaba la estructura y evolución del *régimen demográfico antiguo*, como puede comprobarse en William H. McNeill (1984). La distinción entre el modo de producción tributario y el esclavista, y sus repercusiones en la naturaleza de la mano de obra, en Karl Marx y Eric Hobsbawm (1979), pp. 83-118 y Geoffrey de Ste. Croix (1988), pp. 137-208.

<sup>4</sup> Elena M. Schtjerman y B. Sharevskaya (1986), pp. 111-120.

como Mundo Antiguo, una vasta extensión del planeta donde el modo de producción esclavista alcanzó su cenit para decaer a renglón seguido, de ahí que su legado tenga gran interés para una correcta comprensión de la esclavitud en la época moderna.

Durante dicha etapa histórica, la clase dominante obtuvo el grueso de sus recursos de las haciendas cultivadas por esclavos, motivo por el cual en la Antigüedad grecorromana la esclavitud se generalizó. A este respecto, como de forma brillante apuntaron Moses Finley y Geoffrey de Ste. Croix, las etapas en las que floreció la civilización clásica fueron aquellas en que la mano de obra cautiva fue predominante entre otras modalidades laborales, lo cual generó el desarrollo de tesis que legitimaban el empleo de esos infelices, privados de libertad, debido a su carácter de seres inferiores. Entre ellas, la más conocida e influyente fue la denominada *teoría de la esclavitud natural*, formulada por Aristóteles en su *Política*. Según este pensador, existían enormes desigualdades entre los seres humanos, luego se hablaría de razas, que tenían su mejor manifestación en el ámbito cultural: mientras que unos pueblos mostraban todas sus potencialidades, otros se encontraban en un permanente atraso, que denotaba su inferioridad; eran bárbaros, que no utilizaban el griego —y luego el latín— lo que les impedía expresarse con fluidez. Estos infrahumanos debían ser esclavizados por los pueblos superiores para ponerlos a trabajar y —de esta manera— inculcarles disciplina y cultura, es decir, civilizarlos. De ahí a convertirlos en herramientas sólo había un paso, que los tratadistas romanos dieron sin el menor rubor. Al decir de unos juristas y agrónomos que tenían a gala no haber realizado jamás ningún trabajo manual, dado que esa actividad —señalaban— era ajena a los valores humanos, el esclavo rural era un ser humano privado de todos sus derechos sociales, que podía asimilarse sin dificultad a una bestia de carga: era un *instrumentum vocale*, una herramienta que habla, situado solo un grado por encima del ganado, *instrumentum semivocale*, y dos por encima de los aperos de labranza o *instrumentos mudos*<sup>5</sup>.

Las víctimas de la esclavitud solían proceder de las campañas militares, de ahí que la guerra desempeñase un papel esencial en el crecimiento eco-

<sup>5</sup> Véase. Moses I. FINLEY (1975); Geoffrey de STE. CROIX (1988), pp. 485-488; Perry ANDERSON (1979), pp. 10-22, y Josep FONTANA (1994), pp. 9-25.

nómico del Imperio romano, pues dicha actividad depredadora suministraba la mano de obra que cultivaba los latifundios de la clase senatorial y la que se transfería a los florecientes mercados urbanos. Desde esta perspectiva, el trabajador cautivo se convertía en una mercancía, un objeto de compra-venta que permitía al Estado y a los comerciantes especializados amasar grandes fortunas. Esta condición añadida no solo terminaba de cosificar la fuerza de trabajo, sino que asimismo fomentaba la función mercantil de las ciudades que intercambiaban sus bienes en el *Mare Nostrum*<sup>6</sup>. Por lo demás, el universo romano estableció a través de su sistema normativo otra serie de características de los esclavos que legaría a la posteridad. Eran fámulos, es decir, integrantes de la familia del amo al cual pertenecían, y transmitían su condición servil a sus vástagos. Paralelamente, fijó las condiciones para obtener la libertad, mediante un acto de manumisión que les podía convertir en ciudadanos romanos. Por último, desde una perspectiva estrictamente laboral, estos cautivos trabajaban sobre todo en el campo, si bien sabemos que en tiempos de Augusto el 95 % de los artesanos residentes en Roma, que con cerca de un millón de habitantes era la principal megalópolis del Mundo Antiguo, eran asimismo esclavos.

La mayoría de ellos pertenecían a familias particulares. Pero en aquel microcosmos jerarquizado por núcleos familiares de la clase senatorial, el llamado orden ecuestre y el patriciado, la posición social de los esclavizados dependía a su vez de la de sus amos. Entre ellos descollaban los *servi Caesaris*, que pertenecían al *paterfamilias* que regía los destinos del Imperio romano. Los orígenes de esta institución se remontaban a la era republicana, periodo en el cual la legislación ya reconocía que el *populus romanus*, lo mismo que una *civitas* particular, podía emplear esclavos propios en las obras estatales y en diversos servicios comunitarios: el *servus publicus*. Al concluir la República, una vez que se identificó la *res privatae* del emperador con la *res publica*, los *servi caesaris* adquirieron igualmente un carácter público; de esta forma, durante los dos primeros siglos de nuestra era, numerosos prisioneros de guerra, o esclavos adquiridos en los mercados urbanos, fueron destinados no sólo al servicio doméstico del linaje

<sup>6</sup> Todos los especialistas han enfatizado el papel de las campañas militares que, a la postre, dieron a Roma el dominio del Mediterráneo. Dos buenos resúmenes de las mismas en Chris HARMAN (2013), pp. 79-85, y Neil FAULKNER (2013), pp. 76-79.

imperial, sino también a la construcción de calzadas, acueductos y demás edificaciones públicas, disfrutando —en contrapartida— de un estatus especial dentro del universo esclavista como *famuli caesaris* que eran. En la Edad Media, diversos estados asentados en torno al Mediterráneo continuarían recurriendo al uso de esclavos públicos en sus ejércitos y principales cargos administrativos, caso del gobierno mameluco que regía los destinos de Egipto o de su más destacado sucesor, el Imperio otomano. Pero dicha herencia romana no sólo se mantuvo en las formaciones sociales islámicas, sino que también la encontraremos en la Corona de Castilla, cuyo monarca, una vez que fue reconocido como emperador en su reino, disfrutó también durante la época moderna de un voluminoso colectivo de fámulos cautivos, que eran conocidos como *los esclavos del rey de España*<sup>7</sup>.

No obstante, el sistema esclavista carecía de un mecanismo interno de reproducción: para obtener mano de obra cautiva Roma dependía de las actividades depredadoras realizadas por sus legiones durante las campañas de expansión. Por ello, cuando ésta tocó a su fin en torno al siglo III de la era común, al tiempo que se endurecían las condiciones de vida de la población libre, se producían importantes rebeliones de esclavos, revueltas sociales, y las sucesivas oleadas de pueblos germánicos comenzaban a irrumpir en las fronteras del Imperio occidental, el Mundo Antiguo sufrió un colapso que acabaría desencadenando el nacimiento del sistema feudal.

### *La esclavitud en una ciudad de la Marca Media en la época medieval*

La caída del Imperio romano de Occidente, la formación social esclavista más poderosa del Mundo Antiguo, no supuso el fin de la esclavitud. Muy al contrario, en muchas áreas del Mediterráneo dicha institución mantuvo su peso, especialmente en los territorios de la *morada del Islam*. A este respecto, los Imperios árabe, persa y más tarde otomano practicaron la

<sup>7</sup> Geoffrey de STE. CROIX (1988), pp. 208-214 y 243. La privilegiada posición de los *famuli caesaris* y sus orígenes históricos, en José Miguel CARRETERO ESCRIBANO (1983), pp. 232-235. El ulterior caso de la Monarquía Católica, en José Miguel LÓPEZ GARCÍA (2013).

esclavitud de forma sistemática y a una escala muy superior a la estrictamente doméstica. La demanda de mano de obra cautiva condujo a un incesante movimiento de seres humanos provenientes de la Europa cristiana, los reinos eslavos y —sobre todo— del África occidental, desde donde eran transportados por las rutas de caravanas hasta los puertos del Magreb para ser vendidos finalmente en Bagdad, El Cairo y Constantinopla, mercados a los que poco a poco se fueron incorporando Palermo, Nápoles, Génova, Venecia, Marsella, Barcelona, Palma de Mallorca y Valencia, por sólo aludir a los casos más significativos. Aunque carecemos naturalmente de cifras precisas, se estima que entre los siglos VIII al XIX al menos ocho millones de africanos fueron capturados y transferidos a los puertos mediterráneos. En las zonas musulmanas, algunos esclavos ocuparon cargos importantes en la administración y el ejército, pero en su inmensa mayoría fueron empleados en el servicio doméstico, la agricultura, la construcción y la producción de manufacturas. También fueron árabes los primeros en asociar esta modalidad de trabajo embridado a las plantaciones de caña de azúcar que llevaron a Creta, Sicilia y el reino nazarí de Granada, un legado que las potencias ibéricas desarrollarán con posterioridad en el Atlántico<sup>8</sup>.

En la península ibérica, Al-Ándalus constituía el bastión más avanzado del Islam en Europa occidental, si bien a finales del siglo IX su existencia empezaba a verse amenazada por la presión de los castellanos y aragoneses. De ahí que para proteger su frontera septentrional, que los cristianos denominaban *Marca Media*, los emires procedieron a la construcción de una red de ciudades fortificadas dependientes de Toledo. Una de ellas era *Mayrit*, que en árabe significa «la de los abundantes *qanats*» o viajes subterráneos de agua; la urbe fue fundada entre los años 850 y el 886 por el emir Muhammad ben Abd al Rahmman con una función claramente militar y, en ella, como en otros núcleos de la España musulmana, se utilizaron esclavos no sólo en la esfera doméstica, sino también en las faenas agrícolas, los talleres artesanales y los puestos de venta de su zoco. Por desgracia no poseemos testimonios directos de su presencia, como tampoco contamos, a nivel más general, con muchos documentos relativos a los trabajadores esclavizados

<sup>8</sup> Williams D. PHILLIPS, Jr. (1990), p. 99; José Antonio PIQUERAS (2012), p. 47, y Marcel DORIGNY y Bernard GAINOT (2013), pp. 14-17.